

La Pedagogía Amigoniana, un Proyecto de Liberación Integral

Ambientación

Si algo distingue todo camino cristiano –asumido y actuado en su integridad– ese algo es la *vida* y la *alegría de vivir*:

- Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana es nuestra fe –exclama Pablo ante los Corintios¹–.
- Igual que Cristo ha resucitado –había escrito anteriormente el mismo Pablo a los cristianos de Roma– también nosotros estamos llamados a vivir una vida nueva².
- Volveré a vosotros y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría –había prometido Jesús a sus discípulos³–.
- Y esa promesa se convirtió en una especie de constante en la primitiva Iglesia, como manifiesta la insistencia al respecto del propio Pablo, quien resumiendo su segundo mensaje a los Corintios les dice: alegraos⁴, y dirigiéndose a los fieles de Filipo y de Tesalónica exclama:
- Estad siempre alegres... ¡os lo repito, estad alegres!⁵.

Una visión triste y necrológica del cristianismo –como desgraciadamente se ha propiciado en alguna época–; una visión en la que domine la Pasión sobre la Gloria, es una exageración unidimensional –y por ende una perversión– del íntegro mensaje de Cristo.

La vida es alegría porque es amor:

- Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida –proclama Juan en la primera de sus cartas– porque amamos⁶.
- Quien no ama –añade el propio Juan– permanece en la muerte⁷, es decir está triste y perdido ante la vida.

Posiblemente, la más lograda síntesis de ese núcleo del mensaje cristiano –constituido en torno al binomio vida-alegría– sea la que se encuentra en el Apocalipsis

¹ 1Co. 15, 14 y 17.

² Cf. Rom. 6, 4.

³ Jn. 16, 22.

⁴ 2Co. 13, 11. Cf. también, 2Co. 6, 10.

⁵ Filp. 4,4 y 1Tes. 5,16.

⁶ 1Jn. 3, 14.

⁷ 1Jn. 3, 14.

cuando en una especie de apoteosis mística provocada por el triunfo del Cordero sobre el Maligno; por el triunfo de la vida sobre la muerte, se canta:

– *Alegrémonos, regocijémonos y demos gloria*⁸.

Es ese, en definitiva, el grito que la liturgia proclama de forma particular la noche del Sábado Santo cuando en medio de las tinieblas ambientales canta a la vida y a la alegría gritando:

– *¡Aleluya. Ha resucitado!*.

Y tras esta pequeña ambientación en la que, en sintonía con el sentimiento cristiano que nutre las raíces culturales de occidente, he querido saludar a la vida que desde su novedad cotidiana es alfa y omega de todo proyecto pedagógico, voy adentrarme ya en el ámbito más concreto de la Pedagogía Amigoniana profundizando de forma progresiva y sistemática los principios teológicos sobre los que, desde su misma génesis histórica, se asienta, por fe y por tradición cultural, su *saber y hacer*.

Un proyecto de amor

Los últimos redactores de las más antiguas tradiciones bíblicas tuvieron la sagacidad y el acierto de recoger, al inicio mismo de tan ingente obra, *su pensamiento* –o si se prefiere, mejor aún, *su sentimiento*– sobre el ser humano.

La Biblia abandonaba así la estratosfera en que se movían las viejas mitologías, empeñadas en explicar la génesis y el desarrollo de los dioses, para adentrarse en la biosfera humana. El relato cultural del pueblo judío –iluminado por la fe– pasaba a ser así un relato tan inmerso en la historia humana –sin dejar de estar sumergido en la divina–, que en él teología y antropología se daban, no sólo la mano, sino un verdadero y cordial abrazo.

En el ámbito armonioso de la creación toda, se ofrecía al hombre la clave misma de su propio proyecto humano.

Hecho a imagen y semejanza de Dios⁹, el hombre aparecía por primera vez en la historia, no como un mero producto de un mundo superior, sino como reflejo y, de alguna forma, expansión de la trascendencia. La identidad humana entraba en comunión con la identidad divina.

Esa formulación antropológica –tan simple y profunda al mismo tiempo– fue iluminada posteriormente por el mensaje cristiano, generador a su vez, no sólo de una nueva fe, sino también de una cultura nueva, cuya sabia –como se ha dejado dicho– nutre las raíces de la actual civilización occidental.

Desde el testimonio de vida y desde las palabras de Cristo, Dios es revelado a todo hombre como Padre, es decir, como Amor¹⁰.

⁸ Ap. 19, 7a.

⁹ Cf. Gn. 1,26.

¹⁰ Cf. 1 Jn. 4, 8 y 16.

Dicha revelación confiere, por su parte, nuevo esplendor a la misma antropología, haciendo aparecer al hombre como un proyecto de amor. Y éste es precisamente el gran aporte cultural del cristianismo.

El hombre es tal en la medida que va madurando en amor y por el amor¹¹.

El “logion” evangélico: *Quien busca su vida* –es decir, quien se busca a sí mismo– *se perderá y el que pierde su vida* –es decir el que es capaz de “desvivirse”, de salir del propio cascarón– *encontrará sentido a la misma*¹², será el verdadero quicio sobre el que girará toda una nueva forma de concebir la vida humana.

El hombre es un ser hecho para el amor y se va haciendo en la medida en que se siente amado y ama. Es un ser, pues, que *crece en la medida que madura por el amor* y en el amor y se enaniza, se empequeñece, *cuando se queda encerrado en sí mismo*, víctima y esclavo de “sus” deseos, de “sus” quereres, o de “sus” haberes y teneres.

Frente a concepciones antropológicas tendentes a hacer del “yo” el centro referencial último de todo desarrollo personal, o frente a aquéllas otras que pretenden sumergir anónimamente al individuo en algún conjunto del colectivo humano, toda antropología cristiana se orienta, por una parte, a resaltar el valor de la persona concreta y, por otra, a acentuar la necesidad que dicha persona concreta tiene de entrar en relación con los demás para desarrollarse como tal, para hacer más plenamente realidad el propio proyecto humano mediante el encuentro con los otros.

Y en sintonía con ese sentimiento antropológico que la anima, toda pedagogía cristiana –que sea tal por fe, o simplemente por cultura– ha favorecido el desarrollo de actitudes que faciliten a la persona el caminar y trabajar solidariamente con los demás, frente a otras, tendentes por su misma naturaleza, a encumbrar el propio “ego”. Y ha favorecido asimismo terapias que, lejos de alimentar la tendencia más o menos larvada al autocerramiento y a la autoadoración, puedan propiciar la maduración y fortalecimiento de la propia personalidad desde un éxodo personal hacia el mundo de los demás y un encuentro con ellos a mitad de camino y en un clima de libertad y de mutuo respeto.

Agustín de Hipona –uno de los primeros y más profundos pensadores cristianos– solía resumir la frase antes citada del apóstol Juan –*hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos*– diciendo que *el amor es la vida del corazón humano*¹³.

Con posterioridad, otros filósofos han recogido en sus escritos el testigo cultural cristiano y se han referido a él con distintas expresiones:

Erick Fromm, por ejemplo, lo hizo contraponiendo el “yo de la posesión” –encerrado en sí mismo y tendente al acaparamiento posesivo– al “yo de la experiencia” que se construye desde la apertura a los otros.

¹¹ Cf. Ef. 4, 1-2. 13-14a. 15. 16b. 17a. 21b. 24 a. 32 y 5, 1-2a. Y también Filp. 2, 2-5 y Col. 3, 12-15.

¹² Lc. 17, 33. Cf. también Mt. 10, 39; Mt. 16, 24-25; Mc. 8, 35; Lc. 9, 24-25; Jn. 12, 24-25 y 1Jn. 3, 14-25.

¹³ SAN AGUSTÍN, *Confesiones* 13, 9. Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 520.

Gabriel Marcel –por citar la corriente existencialista– fundamenta el crecimiento de la persona, desde el “yo”, en un caminar hacia un “nosotros”.

Otros, hoy en día, contraponen al hombre centrado en el *tener*, al preocupado y orientado hacia el *ser*. Y otros más hablan de la *Civilización del Amor*...

El padre Luis Amigó, –iniciador de la Pedagogía cuyo estudio dio origen a la Universidad que hoy nos acoge– escribía así al respecto:

El amor es el móvil que impulsa al hombre en todos sus actos, desinteresado, recto y conforme a la razón las más veces; egoísta, sensual y acomodado a sus apetitos, otras muchas, siempre resulta que el eje alrededor del cual giran todos sus deseos, afectos y operaciones es el amor; porque para amar fue creado y el amor es la función necesaria de su corazón que no puede vivir sin amar. Porque Dios, que le hizo imagen viva de sí, quiso que participara de su misma vida, que es amor... Sin el amor, el hombre está muerto...

Formado el corazón del hombre para amar, el amor es su vida. Amar su función capital y el centro a que naturalmente se dirige¹⁴.

A la manera, pues, que al ocultarse el sol toda forma desaparece, queda velada la hermosura de los seres, se retira el vigor de los mismos y se amortigua su vida, quedando el universo frío como un cadáver en la noche más profunda, así los dones más sublimes pierden su esplendor y todo se torna estéril, sin luz, sin calor y sin vida, cuando falta el amor¹⁵.

El egoísmo, ofensa al propio proyecto humano

Una antropología que concibe originalmente al hombre como un ser orientado esencialmente al amor no explica, sin embargo, en principio la realidad de la historia humana en la que se entrecruzan constantemente, y en los mismos escenarios a veces, el bien y el mal, la alegría y el dolor, la felicidad y el desencanto.

Y ante esa realidad, la misma fe cristiana –apoyada una vez más en las tradiciones religiosas y culturales del pueblo judío– ha reconocido desde siempre que el proyecto antropológico original –es decir, el natural proceso de humanización, de maduración personal, mediante la apertura amorosa– se vio contrarrestado, también desde los inicios mismo del ser humano, por un ansia de autoadoración y de prepotencia, de posesión y de acaparamiento.

Dicha ansia –que las distintas tradiciones culturales acaban calificando siempre con el común denominador de egoísmo– es por lo demás, el otro componente básico de ese supremo y más característico valor de la persona humana, cual es el valor de la libertad.

¹⁴ Cf. AMIGÓ, L., OCLA, 331, 338 y 520. C. También *ibidem*, 1042.

¹⁵ Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 1153. Este último texto constituye, no cabe duda, un *poético canto* de Luis Amigó al amor y hace recordar de forma espontánea el *si no tengo amor nada soy* de Pablo en su *himno al amor* (Cf. 1Co, 13, 4-7).

Frente a un mundo animal regido por el automatismo del instinto, el hombre posee, “gracias” a la contraposición existente entre sus tendencias al amor y al egoísmo, la capacidad de poder optar por el camino de abrirse a los demás mediante la relación amorosa, o de encerrarse en sí mismo; de crecer o de enanizarse; de encontrar la felicidad o de acabar desencantado; de vivir –como alguien diría– una experiencia de éxtasis o de vértigo.

La teología cristiana ha calificado clásicamente ese ansia de autoencerramiento, esa fuerza centrípeta del hombre hacia sí mismo, hacia el “ombligo” de su propio psiquismo, como pecado, y ha definido fundamentalmente a éste como ofensa a Dios. Sin embargo, desde una visión meramente cultural y antropológica –o si se prefiere mejor, en este caso concreto, antropocéntrica– yo prefiero llamarla simplemente anti-ideal y, en calidad de tal, considerarla más bien como una ofensa –y no en el sentido moral del término, sino en el meramente etimológico de oposición, de interponer una dificultad a algo– al propio ser del hombre, al proyecto de su plena y feliz realización personal en el amor y por el amor.

Y ahora, quisiera finalizar este apartado –que complementa de forma substancial la visión antropológica cristiana, de la que es tributario el padre Luis Amigó, y con él toda la Pedagogía Amigoniana –recogiendo un pensamiento del gran filósofo Miguel de Unamuno, quien con la profundidad que le caracterizó expresó así lo que aquí nos ha ocupado:

- *El amor –decía él– tiene la virtud de hacer de los hombres, niños; el egoísmo en cambio, los aniña.*
- *Si no os hiciéreis como niños –había dicho muchos años antes, Cristo– no entraréis en el Reino*¹⁶.

Sólo el hombre verdaderamente adulto por el amor recupera, sin caer en infantilismos, la pureza del sentimiento humano que, de alguna manera, se trasluce espontáneamente en la niñez.

Cristo, esplendor de la humanidad

La visión antropológica cristiana –configurada en torno al hombre como ser orientado al amor pero que al mismo tiempo es fuertemente atraído, en su libertad, por fuerzas surgidas del propio “ego” que le impulsan a caminar hacia sí mismo– se completa con la persona de Cristo quien, desde la perspectiva que aquí nos ocupa, aparece como el hombre perfecto:

- *Cristo, el nuevo Adán –afirma el Vaticano II–, en la misma revelación del misterio de Dios Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al hombre mismo y le descubre la sublimidad de su vocación*¹⁷.

¹⁶ Cf. Lc. 18, 17.

¹⁷ VATICANO II, *Gaudium et Spes*, 22.

Para la teología cristiana –y desde ella para la cultura que ésta genera– el proyecto original del hombre alcanza su verdadera plenitud en Cristo. En él, la naturaleza humana –no ofuscada por el egoísmo– adquiere todo su esplendor. Y este esplendor llega incluso a convertirse en imagen y sonido en el famoso pasaje de la transfiguración¹⁸, en el que llegó a “deslumbrar”, por la misma intensidad de la luz que despedía, a los pocos e íntimos amigos que le acompañaban. Lo que sucedió en el Tabor no fue la clásica teofanía con la que –según cuentan distintas tradiciones religioso-culturales– Dios se había ido haciendo presente en la historia humana, sino que constituyó, de alguna manera, una verdadera *antropofanía*. Fue precisamente en el esplendor de su humanidad, en el que los privilegiados videntes descubrieron en Cristo con toda claridad la presencia misma de la trascendencia.

Ya la primera tradición cristiana –consciente de que Cristo, junto a su condición divina, era el acabado modelo de humanidad– hizo de su persona el referente ideal de todo proyecto de crecimiento humano:

- *Os exhorto* –escribe Pablo– *a que viváis con toda humildad, mansedumbre y paciencia, aceptándoos unos a otros por amor... hasta llegar al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo... realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor. Y no seamos ya niños, llevados a la deriva..., sino que, siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquél que es la cabeza, Cristo... Vosotros habéis sido enseñados, conforme a la verdad de Jesús..., a revestiros del hombre nuevo*¹⁹.
- *Revestíos del amor* –insiste Pablo en otra ocasión²⁰–. Y añade: *Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo*²¹.

Y el padre Luis Amigó, tributario una vez más del mensaje cristiano, no sólo por cultura, sino también por fe, expresa así su convencimiento de que la persona de Cristo es el modelo del ideal educativo que él mismo se ha propuesto:

- *Estoy cierto que, siguiendo las enseñanzas de vida que Cristo nos deja, el hombre ha de ser dichoso y feliz en el tiempo y en la eternidad. Por ello, el corazón del hombre debe estar poseído de los mismos sentimientos de Cristo. Esto es, de su amor inagotable, de su humildad, de su justicia... hasta poder exclamar que Cristo vive en él*²².

Es lo mismo que repite en carta al papa Pío X, cuando al presentarle sus dos fundaciones religiosas le dice:

- *Persuadido íntimamente de la urgente y suma necesidad de volver al recto camino, mediante la cristiana educación, a los jóvenes alejados del camino de la verdad, fundé dos Institutos, a fin de que los religiosos y religiosas de ambos, llenos de celo,*

¹⁸ Cf. Mt. 17, 1-8; Mc. 9, 2-8; Lc. 9, 28-36; 2Pe. 1, 16-18.

¹⁹ Ef. 4, 1-2. 13-14a. 15. 16b. 17a. 21b. 24a.

²⁰ Cf. Col. 3, 14a.

²¹ Filp. 2,5.

²² Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 480 y 1196.

*reformasen en el aspecto natural y sobrenatural a los jóvenes, renovándolos en Cristo con todos los medios*²³.

En íntima conexión con su dimensión de acabado modelo de humanidad, la fe cristiana –y con ella, una vez más, la cultura que de ella nace– ha resaltado también en Cristo su dimensión de Redentor. Y en tal sentido, Cristo es presentado como el liberador integral del hombre y de la sociedad y como aquél que puede ofertar, con plena garantía, a la persona concreta un sentido verdaderamente gratificante a su propia existencia. El evangelio adquiere, desde esta perspectiva, la cualidad de constituir una buena noticia, no sólo para el más allá, sino también para el más acá. Y el mismo mensaje de vida eterna –que en un primer y superficial análisis podría inducir a pensar sólo en la vida que la fe cree y reconoce tras la muerte física– adquiere en el propio evangelio categoría de temporalidad y está llamada a vitalizar el ser del hombre ya desde el ahora y aquí de su existencia. *Vida eterna es en definitiva vida en plenitud y saciedad*²⁴; es vida en coherencia con los profundos valores de la identidad humana, tal como ésta fue diseñada por el Creador y se realizó plenamente en la persona de Cristo; es vida que, como ya se ha dejado dicho, tiene su verdadero quicio en el crecimiento en amor y su distintivo en la felicidad que alcanza quien de verdad saborea y disfruta la vida.

Vida –y vida en felicidad–, verdadero núcleo del mensaje cristiano, tal como se ha adelantado ya de alguna manera en los prolegómenos de esta charla, será en consecuencia también lo más característico del Cristo Redentor. Y la frase que éste pronuncia: *Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia*²⁵, junto con las Bienaventuranzas que proclama –y que contienen, en su condición de *Código de la felicidad*, el verdadero secreto del buen sabor de la vida humana– constituirán, sin duda, su mejor tarjeta de presentación.

Y tras las huellas de Cristo Redentor, toda pedagogía que ha querido llevar el apelativo de cristiana, ha tenido que proponerse indefectiblemente acompañar a la persona concreta en la irrepetible aventura de encontrar sentido gratificante y feliz a su propia existencia.

Y tal ha sido, como se verá a continuación, el objetivo mismo de la Pedagogía Amigoniana.

Al encuentro de la verdad

Ya anteriormente hemos tenido ocasión de escuchar la terminología clásica con que el propio padre Amigó solía referirse a los niños y niñas, adolescentes y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto, que, como sabemos, son los sujetos preferenciales de la pedagogía por él iniciada:

²³ Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 1780. Cf. también *ibidem*, 280. 461 y 2155.

²⁴ Cf. Jn. 4, 13-14; Jn. 5, 24-29; Jn. 6, 33-35; Jn. 10, 27-28; Jn. 12, 47-50; Jn. 17, 2-3; 1Jn. 5, 11-13.

²⁵ Cf. Jn. 10,10.

- *Son –le gustaba repetir– jóvenes desviados del camino del bien –o si se prefiere, como también él indicaba–, jóvenes alejados del camino de la verdad*²⁶.

No obstante, para entender en toda su profundidad dicha terminología, es necesario adentrarse en la cultura misma en que ella se genera y que es, una vez más, la cultura cristiana.

La verdad que Cristo proclama en el evangelio –*conoceréis la verdad y la verdad os hará libres*²⁷– es una verdad existencial y ontológica que alude directamente a la identidad humana. Es verdad todo lo que contribuye al desarrollo armonioso y feliz del hombre. Lo que destruye al hombre, aquello que lo torna substancialmente infeliz, es mentira. Recordemos lo que a este respecto escribía Miguel de Unamuno:

- *Toda creencia que lleve a obras de vida –decía él– es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte... Cuando las matemáticas matan, son mentira las matemáticas... La vida es el criterio de la verdad*²⁸.

Precisamente por su naturaleza ontológica, la verdad que exalta la cultura cristiana es, en definitiva, el amor²⁹. Sólo el amor –se ha dicho y repetido ya aquí– construye y plenifica al hombre, sólo el amor lo conduce al encuentro de su verdad, de su identidad humana. Cuando falta el amor, todo se convierte en una mentira óntica y existencial que, a la larga o a la corta, sume al hombre en una especie de vacío de ser que provoca en él los más variados sentimientos de frustración y desencanto. Por ello, *conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* –que antes se ha citado– pudiera muy bien traducirse por un *conoceréis el amor y el amor os hará libres*.

Unida, pues, íntima y substancialmente al amor, la verdad proclamada por el cristianismo es vida y vida en plenitud y felicidad crecientes.

Y eso es precisamente lo que la pedagogía amigoniana ha querido indicar, de alguna manera, con su clásica expresión: *educar para la vida*³⁰.

Dicha educación para la vida, para “reconciliarse” con ella, si es necesario, y para descubrir en todo momento su verdadero y agradable sabor, se ha venido expresando en la praxis pedagógica de la más clásica tradición amigoniana, no sólo en ese favorecer el crecimiento de la persona en autoestima –como se pretendía con el método emulativo³¹–, sino también en ese potenciar el desarrollo del propio ser, de la propia identidad, o dicho de otro modo, del sentimiento humano, que se quería impulsar, en definitiva, a través de una moralización cuyo objetivo fundamental era ir liberando a la persona del alumno de las tendencias “enanizantes” que, desde su raíz egoísta, impedían su pleno desarrollo afectivo en libertad, e ir favoreciendo así una “educación de su corazón”, de sus sentimientos, que favorecieran su gozosa apertura a la vida³².

²⁶ Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 1780.

²⁷ Jn. 8, 32.

²⁸ UNAMUNO, Miguel, *Vida de don Quijote y Sancho*, comentario al capítulo 31 de la 1ª parte.

²⁹ Cf. Ef. 4, 15 y 24; 2Tes. 2, 10; 1Jn. 3, 18-19; 2Jn. 4-6 y 3Jn. 3-6.

³⁰ Cf. VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, Valencia 2001, p. 43-48.

³¹ Cf. VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 44.

³² Cf. VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 28 y 48-50.

Todo ese proyecto encaminado a educar –a “ensanchar”– el corazón, librando al mismo tiempo a la persona de aquellas tendencias que favorecen su “encogimiento”, encuentra, sin embargo, una de sus más radicales dificultades, dentro de la población educativa a que se encamina primordialmente la Pedagogía Amigoniana en el drama existencial que, como común denominador, han experimentado los componentes de dicha población ante la vida. Drama que les ha llevado a menudo a andar como muertos por la vida misma y vagar por el mundo cargados con el terrible desengaño de no haber encontrado a veces un mínimo sentido gratificante a su existencia. Drama que, en compensación quizá, les ha abocado, en más ocasiones de lo que hubiese sido de desear, a buscar de forma desesperada caminos hacia la felicidad que los han acabado frustrando y desorientando aún más. Drama, en fin, que tiene fundamentalmente su origen en el desamor, sentido y sufrido, que de tal modo les ha imposibilitado a veces para sentirse queridos y acogidos de verdad, que ha llegado incluso a hacer inviable –si no en la teoría, al menos sí en la praxis– un verdadero proyecto de armónico e integral crecimiento humano.

Y tal drama ha sido, precisamente, el que ha planteado a lo largo de la historia su reto más fuerte y acuciante a la Pedagogía Amigoniana que para posibilitar su propio proyecto de acompañar a jóvenes en dificultad al encuentro con la verdad, ha debido de articular constantemente terapias capaces de propiciar que dichos jóvenes –que han sufrido a veces verdaderos apaleamientos en su ser, que se han visto prostituidos en su psique y en su cuerpo, que se han sentido ninguneados– llegasen a creer en el amor, en su gratuidad y en su bondad.

Hacia un crecimiento en fortaleza

En conexión con todo anterior y en orden al crecimiento integral en humanidad y amor que se ha planteado hasta ahora desde las raíces cristianas que la nutren e inspiran, la Pedagogía Amigoniana ha sido consciente, también desde el principio, de la necesidad que tenía de favorecer, dentro del propio sistema educativo, un crecimiento del alumno en fortaleza.

Dicha necesidad arranca de la tendencia al egoísmo que todo hombre, en su libertad, experimenta en contraposición a la fuerza interior que le impulsar al amor. El hombre –recordemos algo de lo que ya antes se ha apuntado– en su hambre de deidad, en su ansia de plenificar felizmente el propio ser, se encuentra dramáticamente en la encrucijada vital de tener que optar entre la inversión de futuro que supone una felicidad, que nace del crecimiento progresivo y cotidiano en el amor, y las inmediatas gratificaciones que le promete –cual “fruto maduro y sabroso” y a precio “de rebajas”– el propio endiosamiento. Halagado por el goce inmediato, al hombre le atrae más ser servido que servir, ser aplaudido que aplaudir, ser encumbrado que encumbrar, ser regalado que regalar..., y aunque a la larga el mismo hombre es consciente de que todo esto no acaba de satisfacerle, le resulta cada vez más difícil y doloroso oponerse a su fatal atractivo y seducción.

Y en tales circunstancias, para ser verdaderamente libre en la decisión y para seguir apostando por inversiones de futuro, hace falta una gran capacidad de fortaleza. No hay que olvidar que la capacidad de amar está en relación directa con la capacidad de fortaleza que se necesita para decirse “no” a sí mismo.

Además, el drama estructural al que se viene aludiendo, y que se encuentra en el trasfondo de todo proyecto humano, aparece con fuerza tanto mayor en la tipología clásica de los niños y niñas, adolescentes y jóvenes a los que se orienta primordialmente la misma Pedagogía Amigoniana.

Dichas personas presentan, como una de sus más comunes y perentorias carencias, la falta de la suficiente autonomía para poder elegir entre aquello que les construye como personas y aquello que les destruye como tales.

Esa carencia –que llega a imposibilitarles “de hecho” para elegir con libertad entre la estética del ser en armonía consigo mismo y la vorágine que va precipitando la propia identidad personal en una especie de caída cada vez más acelerada y acelerante– es, por otra parte, uno de los obstáculos más difíciles de superar, pues en el fondo es el resultado de ese drama afectivo que sufren como amargo fruto del desamor, al que ya antes se ha hecho referencia³³.

Por todo ello, la tradición pedagógica amigoniana ha concedido una importancia “vital” a esta dimensión que ahora nos ocupa, encaminada a fortalecer a la persona:

- *La educación del corazón* –escribía el padre Valentín– *ha de culminar en la formación del carácter que es el hábito de la firmeza de la voluntad cristalizada en el alma humana. Educar sin echar esas bases, sería edificar sobre arena*³⁴.
- *La educación* –añadía el padre Vicente Cabanes, recalcando el valor de la libertad dentro de la educación de la voluntad– *es acción... Y para actuar el educando necesita libertad... El bien debe ser abrazado libremente para que sea consistente. El educador debe ser instructor de la verdadera libertad y no gendarme de la coacción*³⁵.

En el Método clásico de la Pedagogía Amigoniana, esa educación de la voluntad, como tradicionalmente se denominó al crecimiento en fortaleza, se potenció de modo particular a través del sistema de vales –cuya filosofía profundamente realista, pretendía lograr que el alumno se percatase de que en la vida todo cuesta y nada se da de balde y de que, por consiguiente, hay que saber esforzarse para acabar alcanzando lo que de verdad se quiere– y también a través de la progresividad y gradualidad misma del método, que respondía, en últimas, al principio de: *a mayor responsabilidad, mayor libertad*.

Esa progresividad y gradualidad del método, por lo demás, tuvo también una de sus fuentes de inspiración en el ámbito teológico y más en concreto en esta ocasión, en el campo de la pedagogía reeducativa que el propio Dios siguió con el pueblo de Israel

³³ Cf. VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 56-58.

³⁴ TORRENTE, Valentín M^a de, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.138.

³⁵ Cf. CABANES, Vicente, *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.923 Y 14.107.

en el Antiguo Testamento y que Cristo recogió en ese poema pedagógico que tiene como protagonista al Padre misericordioso de la superconocida parábola del hijo-pródigo:

- *Cuando la persona, sintiéndose hastiada y sintiendo su corazón vacío de la felicidad que apetecía, trae a su memoria, cual otro hijo pródigo las bondades de su Padre y el amor que siempre mostró hacia él*—escribe el propio padre Amigó en referencia a dicho pasaje evangélico—, *se resuelve entonces a “romper” con todo, “vencer” los respetos humanos y “sujetarse” a los mayores sacrificios para lograr la reconciliación*³⁶.

En este texto se aprecia claramente insinuada la progresividad a través de los verbos *romper*, *vencer* y *sujetarse*. Estos verbos, analizados en el contexto total del sistema educativo amigoniano, pueden manifestarnos cómo esa insinuación es mucho más consistente, de lo que, a primera vista, pudiera parecer. El verbo *romper* hace referencia a un momento —muy compenetrado y unido al propio de la reflexión inicial— en el que se hace necesario un corte absoluto con las circunstancias ambientales de la vida anterior³⁷; el verbo *vencer* indica una lucha posterior dentro del hombre mismo, por la que éste debe ir fortaleciendo su voluntad que aún parece resistirse al bien³⁸; mientras que el verbo *sujetarse* manifiesta ya una sumisión de la voluntad a las indicaciones de la propia conciencia³⁹.

Además, —y por si quedase aún alguna duda sobre la fundamentación del método progresivo en la misma ciencia teológica— el propio padre Luis Amigó, a la hora de “bautizar” por vez primera los tres períodos en que se expresó desde los inicios, la *progresividad* y *gradualidad* del método amigoniano, usó los nombres de *catecúmenos*, *perseverantes* y *adoradores*⁴⁰, que se corresponden abiertamente con las vías *purgativa*, *iluminativa* y *unitiva* con que la ascética cristiana tradicional ha denominado las etapas de un creciente acercamiento del hombre a Dios⁴¹.

*Acompañamiento cordial*⁴²

Otro de los aportes de los que es tributaria la Pedagogía Amigoniana a la fe y a la cultura cristiana —el último de los que aquí y ahora vamos a abordar— es el relativo al propio estilo y talante educativo.

El estilo educativo amigoniano se inspira directamente en el de Cristo, cuya actuación se distinguió históricamente, entre otros rasgos, por su preferencia por los necesitados, por su preocupación por que toda persona pudiera “volver a la vida”, por su cuidado por establecer con todos lazos cordiales y por su delicadeza por atender los ritmos personales de crecimiento.

³⁶ Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 533.

³⁷ Cf. AMIGÓ, L. *Constituciones 1910*, n. 243.

³⁸ Cf. AMIGÓ, L. *Constituciones 1910*, n. 247.

³⁹ Cf. AMIGÓ, L. *Constituciones 1910*, n. 254.

⁴⁰ Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 2049. Cf. También *ibidem* 2051, 2052 y 2053.

⁴¹ Cf. VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 30-31 y 114-118.

⁴² Cf. VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 63-69 y 79-101.

Y esas mismas actitudes de Cristo –plasmadas en la figura del Buen Pastor, que por voluntad expresa del padre Amigó se convirtió en paradigmática para el *ser* y *hacer* de sus seguidores– son las que han identificado y distinguido la *amigonianidad*.

La *cercanía* y *empatía* con los alumnos hasta hacer del proceso educativo un verdadero contrato de simpatía; la *acogida cariñosa* de los mismos y el llegar a “*conocerlos por vía del corazón*”; el *convivir* descomplicadamente con ellos y el *participar* directamente de sus actividades, formando con ellos una familia; el *atenderlos* en su individualidad, queriendo a cada uno “como es” y mostrando “preferencia” por los más necesitados; el *permanecerles fieles* en todo momento, siendo fuertes ante las dificultades del día a día y estando dispuestos a una dedicación “completa”; el *testimoniarles* con sencillez y con alegría y jovialidad los grandes valores de vida que se les proclaman, y el *creer en la recuperación* de todos y cada uno de ellos, incluso contra toda humana esperanza, son algunas de las expresiones más características del sentimiento pedagógico amigoniano, asimilado a la luz del Buen Pastor y que la misma tradición amigoniana ha contemplado desde siempre reflejado también en la persona de María al pie de la Cruz, la Madre del Dolor y del Amor.

Y han sido precisamente esas mismas expresiones del sentimiento, esas profundas actitudes de vida y de actuación de los educadores amigonianos las que de verdad han posibilitado muchas veces y, por lo general, han favorecido y potenciado el que los alumnos pudieran alcanzar muchos de los objetivos pedagógicos propuestos.

Quisiera terminar este apartado, trayendo aquí lo que un día escribí para introducir la tercera parte de mi libro *Identidad Amigoniana en Acción*, elaborado expresamente para esta Universidad:

- *La pedagogía amigoniana, en su proyecto de contribuir a la reconstrucción de la persona desde el desarrollo de sus capacidades de sentir como tal y de decidir con libertad, ha apostado siempre por conmover las entrañas de los alumnos, a pesar de los traumas padecidos, y ha propiciado para ello en sus educadores un talante humano y humanista, que los hiciera ser en verdad “expertos en humanidad” y “profetas del sentimiento humano”.*

Y ese talante –singular y extraordinario aporte de la pedagogía amigoniana al mundo de los menores en situación de riesgo o de conflicto– ha hecho posible, no sólo que el cotidiano quehacer de dicha pedagogía se trasformase en “arte”, sino también que los mismos educadores adquiriesen, de alguna manera, la dimensión de “poetas de la acción”, ya que poeta es, en definitiva, todo aquél que tiene la virtud de convertir en vino, el agua; de convertir en “sentimiento”, lo que el intelectual llama “ideas” y lo que el legalista gusta denominar “la ley” o “los reglamentos”⁴³.

⁴³ VIVES, Juan Antonio, *Identidad Amigoniana en Acción*, p. 78.

Un abrazo entre naturaleza y gracia

Uno de los grandes y permanentes valores de la Pedagogía Amigoniana ha sido el de ofertar en todo momento una educación integral –holística, como algunos prefieren denominar hoy en día–, encaminada a propiciar la maduración armónica de la personalidad del alumno en todas las dimensiones que la configuran.

El propio padre Amigó que tiene claro –desde la misma cultura cristiana– que todo proceso educativo tiene que ser integral, integrador y armónico⁴⁴, expresa por ejemplo éste pensamiento cuando dirigiéndose al papa Pío X –en carta ya anteriormente citada– resume la labor de sus seguidores diciendo que ésta se orienta a *reformular en el aspecto natural y sobrenatural a quienes les son confiados*⁴⁵.

Ese sentido integrador en la educación tiene su asiento –dentro de la teología y cultura cristiana– en la concepción antropológica de ésta que –vista y analizada desde la perspectiva amigoniana– ha constituido, por lo demás, el “corazón” de toda esta conferencia, que está llegando a su fin. En dicha antropología –conviene repetir una vez más– hombre y Dios encuentra en el amor el común denominador de su propia naturaleza e identidad. Cuanto más humano es el hombre, cuanto más madura en ternura y sentimiento, tanto más reproduce en sí la imagen y semejanza de su Creador. A Dios –dice la Biblia– nadie lo ha visto jamás⁴⁶. Pero quien ama –podemos añadir nosotros desde ella– no sólo lo descubre en los demás⁴⁷, sino que lo va reflejando, cada vez con mayor nitidez, en sí mismo. La antropología –como decía Feuerbach en su obra *La esencia del Cristianismo*– es el secreto de la teología cristiana⁴⁸. Lo que le faltó decir es que complementariamente la teología cristiana, o mejor aún, Dios, es el secreto de la antropología. Y lo que ciertamente no está de acuerdo con la fe cristiana es aquella otra afirmación del propio Feuerbach en la que proclama que el hombre es el Dios del Cristianismo⁴⁹. Una cosa es que el hombre reproduzca, en su condición de creatura, la imagen del Creador, y otra muy distinta que llegue a confundirse con Éste, o simplemente, llegue a desbancarle o desplazarle. El cristianismo sin su referencia vital al Ser Trascendente, al Otro –con mayúscula– perdería su identidad de tal. El desarrollo en consecuencia, de la dimensión trascendente es nuclear en todo proyecto cristiano de educación.

Es cierto –como ya se ha dejado dicho ampliamente aquí– que todo lo que favorece el desarrollo del profundo sentimiento humano, es, en su misma profundidad, cristiano. Y es cierto, por lo mismo, que cuando se contribuye en profundidad a la construcción del hombre, favoreciendo *su maduración integral por y en el amor*, se está realizando una labor evangelizadora, aun cuando, por diversas circunstancias, no se haya podido iluminar abiertamente todo ese mismo proceso,

⁴⁴ Cf. VIVES, Juan Antonio, *Testigos del Amor de Cristo*, p. 247-250.

⁴⁵ Cf. AMIGÓ, L. OCLA, 1780.

⁴⁶ Jn. 1, 18 y 1Jn 4, 12a.

⁴⁷ Cf. 1Jn. 4, 7-8; 1Jn. 4, 12b. 16 y 20.

⁴⁸ FEUERBACH, L. *Das Wesen des Christentums*, edición preparada por D. Bergner Reclam, Leipzig 1957, p. 466.

⁴⁹ FEUERBACH, L. *ibidem*. 50 TERCARIOS CAPUCHINOS, *Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización. Mensaje del XVIII Capítulo General a todos los Hermanos*. Roma 1995, n. 51.

desde la fe. Pero es cierto también que la transmisión de la fe, la proclamación del mensaje de Cristo, lejos de distraer el objetivo central de un proyecto educativo, lo potencia por cuanto que dicha fe y dicho mensaje conducen en definitiva al crecimiento integral de la persona en humanidad.

Y ese patrimonio –la unión entre pedagogía y evangelización, o si se prefiere, la substancial integración de la evangelización en el propio proyecto pedagógico– ha sido otro de los elementos característicos de la Pedagogía Amigoniana:

- *Aunque el mensaje liberador del Evangelio –proclaman en este sentido los religiosos amigonianos– debe ser transmitido desde el contexto integral, armónico y unitario de todo proyecto educativo inspirado nuclearmente en el humanismo cristiano, reafirmamos, en línea con nuestra tradición, que la fe –trasmida con el ejemplo de vida y con la palabra, y aceptada vitalmente con libertad– contribuye de modo extraordinario a la educación integral del alumno y a su misma maduración humana⁵⁰.*

La Pedagogía Amigoniana ha constituido pues, en este sentido –y con ello termino– *un abrazo entre naturaleza y gracia* en el mundo concreto de los niños y niñas, de los adolescentes y jóvenes en situación de riesgo o de conflicto, o, si queremos, para recordar una vez más al padre Amigó, en el mundo de quienes van por la vida alejados de la verdad de la vida misma.

¡Muchas gracias!

EPLA, 15 de septiembre de 2001

Juan Antonio Vives Aguilera

⁵⁰ TERCARIOS CAPUCHINOS, *Zagales del Buen Pastor en la Nueva Evangelización. Mensaje del XVIII Capítulo General a todos los Hermanos*. Roma 1995, n. 51.